



MARTITA, CHONCHÍN Y EL TIGRE MARIPOSO

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

Julio García Robles



Autor:

Julio García Robles

Asesoramiento científico:

Fernando Trujillo

Albert Masó

Ilustraciones:

Confucio Macuritofe,

indígena huitoto del Caqueta

Traducción:

Promoción Lingüística

Ilmo. Ayuntamiento de Vila-real

Colabora:

Conselleria de Educació de la Generalitat Valenciana

Edita:

Ilmo. Ayuntamiento de Vila-real con

EDC Natura - Fundación Omacha

Apartado 497, 12540 Vila-real (Castellón)

e-mail: edcnatura@ono.com

www.edcnatura.com

ISBN: 978-84-96843-30-1

Depósito legal: CS-293-2009



Il·l'm. Ajuntament
de Vila-real



MARTITA, CHONCHÍN Y EL TIGRE MARIPOSO

La Orinoquia colombiana es un paraíso de vida. Si algo me gusta destacar con cariño de esta tierra es su singular belleza: la extensa sabana, el bosque de galería, el gran río y sus caños y la inundación estival. La vida salvaje fluye por cada uno de sus rincones y eso es algo maravilloso. Una infinidad de peces, anfibios, reptiles y aves conviven con delfines, manatíes, micos, venados, chigueros, conejos, osos hormigueros, tapires, pacas, zorrillos, zarigüeyas, perros de agua y con el tigre.

Y es en esta hermosa tierra donde vivía nuestra querida Martita, una jovencita de marcado carácter y sonrisa amplia; bonita y caprichosa, era la alegría de sus padres, que habitaban en una finca a orillas del río Orinoco, en el Vichada.

La familia de Martita vivía del arte de su padre con la madera: tanto carpintero como artista, podía alzar, por igual, una casa como tallar una delicada figura; también de las labores de su madre, que gustaba de cuidar un pequeño establo con gallinas, patos, una res y varios cerdos.

Y un pequeño y alborotador cerdito, Chonchín, era la mascota sagrada de Martita.

Era un cerdito bonito de tintes negros, con una franja blanca que marcaba su lomo y barriga; le gustaba, al muy sinvergüenza, ser rascado de continuo y gruñía al aire cuando la mano de Martita dejaba de acariciar su pequeño y rechoncho cuerpecito.

Chonchín la acompañaba a todos lados, se hacía respetar con sus cabriolas locas y arrancadas sin sentido y era del agrado de la jovencita compartir gran parte de su tiempo, de su almuerzo y de sus risas con este pequeño cerdito.

Martita era muy feliz, pues sus padres se esforzaban en procurarle todo aquello que deseaba, aunque le hacían estudiar mucho, eso sí, pues sabían lo importante que es para el día de mañana el saber, pero también jugaban con ella y con Chonchín cada día. La joven muchacha se sentía maravillada con la belleza de aquella tierra en la que vivía; de mayor quería ser bióloga, trabajar con y por la Naturaleza, para alegría y esfuerzo de sus humildes padres, que ahorraban con sacrificio para pagar sus estudios.

Los atardeceres eran lindos a orillas de aquel ancho río, donde, desde una de sus grandes rocas, se podía observar cómo caía el sol, entre rojos tonos, mientras se alzaba la blanca luna. Y una gran masa de estrellas llenaba el cielo haciendo, de éste, uno de los más hermosos techos conocidos, donde a menudo se piden deseos de corazón, mientras las estrellas fugaces aparecen y desaparecen como por arte de magia.

Y allí se reunían cada noche el padre, la madre, Martita y su cerdito; hablaban del paso del día y de las labores de mañana, mientras Chonchín se revolcaba en el suelo despertando sonrisas. Las toninas saltaban en el río, los sonidos de la noche inundaban el bosque de ribera y los murciélagos revoloteaban en el calmado aire en busca de alimento.

Martita, tras repasar sus estudios, se dormía cada noche en aquel chinchorro que sus padres le hicieran para su gusto, rascando la barriga de su cerdito. Y su padre, dándole un besito de buenas noches, la acostaba en su cama cuando caía vencida, llevándola en brazos como si fuera un tierno bebé.

Pero una mañana todo cambió. Martita se levantó y corrió a desayunar su tacita de leche con chocolate y unas pastitas y no halló a su fiel compañero a su lado, acompañándole como cada mañana. Y se sintió sorprendida:



Y es en esta hermosa tierra donde vivía nuestra querida Martita, una jovencita de marcado carácter y sonrisa amplia; bonita y caprichosa, era la alegría de sus padres.

Y allí se reunían cada noche el padre, la madre, Martita y su cerdito.



-Chonchín ¿dónde está Chonchín, mamá?

Le preguntó preocupada a su madre, la cual miró a todos lados y alzó sus hombros, abriendo sus ojos y alzando sus cejas.

-No se, estará fuera con tu padre, pues no lo he visto en toda la mañana; desayuna y sales a buscarlo; no andará muy lejos ese sinvergüenza.

Pero Chonchín no estaba fuera, ni dentro... ni al lado. Martita empezó a correr por la finca, buscándolo sin parar, desesperadamente; y, como no lo hallaba, pidió ayuda a su padre. Y así empezaron a recorrer el bosque, la sabana y las orillas de río sin suerte alguna hasta que unas grandes huellas en el suelo, cerca del establo, alertaron a su padre; y viendo Martita su cara de preocupación, quiso saber:

-¿Qué viste, padre? ¿Son de un perro esas huellas?

-No hija, no... son del tigre; quizás él se llevó a Chonchín.

-¡Pero aquí no hay tigres!- le replicó Martita con enfado.

-Sí hija, sí... ésta es tierra de tigres también, aunque parezca que no; antes había muchos, ahora apenas viven, pues nosotros nos ocupamos de que sea así. Pero siempre puede aparecer uno que busque tierra y alimento, un hogar; pero no tengas miedo, pues si es tu deseo tu padre se ocupará de que marche lejos y deje nuestra hacienda.

Martita no pudo contener en sus ojos las amargas lágrimas que inundaban sus mejillas: un tigre malo se había comido a su Chonchín: ¡Qué horror!

Pasó el día encerrada en su habitación, llorando y llorando, maldiciendo al tigre malo y pensando en su cerdito que ya no estaba. Sus padres, preocupados, le acercaron la cena y trataron,

Cayó la noche y la luna parecía traer la tranquilidad perdida durante el día cuando un ronco rugido resonó en la hacienda, en la casa, en la habitación de Martita...





en vano, de consolar su pena. Martita quería mucho a Chonchín y ese final había sido tan trágico como inesperado. ¿Por qué no había dormido esa noche con ella como casi siempre? ¿Por qué el tigre era tan malo? ¿Por qué tenía que haber tigres?

Cayó la noche y la luna parecía traer la tranquilidad perdida durante el día cuando un ronco rugido resonó en la hacienda, en la casa, en la habitación de Martita... y la jovencita se levantó con el miedo como compañero y fue corriendo junto a sus padres.

-No te preocupes, el tigre está lejos; su ronquido es potente y por eso se oye en el silencio de la noche; pues es capaz de recorrer kilómetros y silenciar los sonidos de la jungla.

-Pero... y si vuelve y se come nuestros animales, y si viene a por mí- dijo Martita temblorosa, abrazada a su padre y mirando de reojo a su madre, que, asomada en la ventana, miraba hacia la selva mientras aseguraba con firmeza:

-¡Hay que matarlo! Si devora nuestro ganado, pasaremos hambre y si tenemos una desgracia mayor... ¡mejor será no pensar en ello!

Su padre se alzó con cara de pocos amigos, pues no era cazador, aunque sabía de lazos y otras artes como hombre sabio de la selva que era; ni le gustaba la idea de salir tras el tigre. Pero no podía dejar de pensar en las palabras de su amada esposa y en aquel tigre que había enturbiado su felicidad. Lo mataría o lo haría marchar; tenía que hacerlo por su hija, por su mujer, por su familia.

Y así, al día siguiente se alzó muy temprano; en la oscuridad de la noche inició un lento peregrinar por la zona mientras los aullidos de los micos araguata resonaban, como una brusca tormenta, por toda la selva; buscando rastros, sendas y huellas pasó el día, recorriendo la hacienda, incluso más allá. Pero no encontró nada,

Nadie vio al tigre, pero todos le temen.





tan sólo un venado que saltó frente a él y salió corriendo como alma en pena, asustado como si hubiera visto al mismísimo tigre.

El padre de Martita regresó de vacío, pero en su casa le esperaba una sorpresa: Doña Juanita y Don Diego le esperaban en la cocina; tomando un tinto caliente, discutían en voz baja; eran los vecinos de una pequeña finca más allá del caño ancho. Y también estaban Doña Dianita y Don Esteban, amigos del rancho del norte, donde tanto abundaban los mangos y las guacamayas.

-Qué bueno que volvió; venimos a pedirle ayuda y consejo a usted, que sabe del campo y la selva, pues un tigre vino en la noche y asustó a nuestros cerdos; los compadres están alborotados y no saben qué hacer, pues matar al tigre va contra la ley- dijo Doña Juanita.

-Pero tenemos que matarlo, pues mi hijita dice que lo notó rondar hace unos días cerca de su lecho; quizás vuelva a por ella en una noche cualquiera mientras dormimos... ¡es muy peligroso!- comentó Don Esteban.

-¡Tenemos que cazarlo!- sentenció la madre de Martita.

Ella, sentada, escuchaba lo que hablaban allí; y le reconfortaba saber que pronto podría ir a dormir tranquila, pues el tigre malo, que había devorado su querido Chonchín, moriría. Sin embargo, se sorprendió con las palabras de su padre, pues no parecía muy dispuesto a ello y eso que era un hombre muy valiente:

-Nadie vio al tigre, pero todos le temen. Hay que matarlo, comentáis, sólo por que ronda nuestra tierra, pero no es de ley hacerlo y podemos tener problemas con la policía... y ¿cómo lo mataremos? Mejor ignorarlo o ahuyentarlo. Matar al tigre no es fácil; lo mejor sería guardarnos y dejar que se fuera; lo peor, que quedara herido, pues entonces sí sería muy peligroso.

El padre de Martita sabía mucho de tigres y de aquella tierra, pues había nacido y se había criado en una pequeña chabola junto al río, al igual que sus padres y los padres de sus padres. Amaba el río, la selva, la sabana... la naturaleza y creía que el tigre era parte de ella. Pero sus vecinos no le escucharon.

-Mañana saldremos con los perros y Don Diego traerá la escopeta de su padre, que, aunque vieja, puede hacer grandes agujeros ¿usted vendrá?- dijo Don Esteban.

-No- dijo el padre de Martita, de forma escueta pero firme.

La madre de Martita lo miró enfadada, pues esperaba que fuera a matar al tigre con sus vecinos, y ella misma quedó confusa, pues no entendía la postura de su padre.

Esa noche el padre de Martita durmió en un chinchorro, fuera, bajo las estrellas, frente a la ventana que daba a la habitación de su hijita. El ganado estaba recogido en su establo y sus perros, protegidos con carlancas de aceradas puntas, permanecían alerta. Como cada anochecer, desde que el tigre llegó a estas tierras, la selva se llenó con su potente ronquido.

Martita temblaba con cada rugido y se escondía bajo las sábanas a pesar de calor reinante. Y pudo oír como su mamásita hablaba del tigre y de sus preocupaciones, y notó su enfado. Pero, aun así, su padre había decidido no ir con aquellos hombres, sus perros y aquella vieja escopeta tras el tigre; y no fue.

Al día siguiente, mientras Martita estudiaba en su lecho y sus padres arreglaban parte del establo para albergar una vaca parturienta, oyeron varios disparos a lo largo del día; fueron muchos para un solo tigre. Con cada disparo, la madre de Martita miraba al horizonte, sonriendo con la esperanza de que el tigre fuera alcanzado; su padre, sin embargo, arrugaba los labios y la expresión de sus ojos delataban su pesar.





Como cada anochecer, desde que el tigre llegó a estas tierras, la selva se llenó con su potente ronquido.

Al caer el día, aquella patrulla de caza pasó por la hacienda: no habían dado con el tigre, pero llevaban en su vehículo tres venados, varios chiguiros, una tortuga y bastantes perdices.

-¿Dónde está el tigre?- preguntó el padre de Martita.

-No dimos con él; se escapó. ¡Pero mire si fue de provecho la jornada, traemos carne en abundancia para varios días!

Martita se acercó al vehículo, presa de la excitación y la sorpresa, a mirar a todos aquellos animales muertos; pero, en vez de sentir alegría, sintió pena al ver aquel ojo del venado del que se desprendía una gruesa lágrima de pena; y aquel chiguiro sin vida, con el rostro manchado de espesa sangre.

Martita se sintió mal. Y su padre también; no quiso quedarse con ninguno de aquellos animales con los que amablemente le obsequiaban sus vecinos. Se despidió de ellos cordialmente y siguió rechazando la idea de acompañarles en sus cacerías.

Y así pasaron varios días; nadie veía al tigre pero todos lo escuchaban por la noche; todos le temían, excepto el padre de Martita. Las cacerías empezaron a alargarse, mucho más de lo debido; se sumaron otros vecinos y más perros, pues tenían que matar aquel tigre que turbaba los sueños de tantos lo antes posible... ¡y ya tenían vendida su piel!

Pero un buen día Doña Juanita y Doña Dianita fueron a casa de Martita; lloraban desconsoladas porque la policía se había llevado a sus maridos y era muy posible que fueran sancionados a pagar una multa importante por sus cacerías ilegales, pues la explicación de salir a matar el tigre que tanto les atemorizaba no les excusaba de sus correrías cometidas con la escopeta. Lo peor de todo era que Don Diego estaba malherido de un pie, pues un mal disparo había sembrado la desgracia. Y, precisamente ese mismo día, decían que el tigre se había llevado un cerdo gordo

del terreno de Doña Juanita, pues sólo sus huesos quedaban al aire, entre las matas de la selva y un pequeño caño de cristalinas aguas, al cuidado de gallinazos y gualas.

Y volvieron a pedir ayuda al padre de Martita, pues aquel tigre tenía la culpa de todo: Don Diego estaba herido en un hospital y Don Esteban, preso de la policía mientras sus cerdos desaparecían; tenían una sanción que quizás les embargara, pues muchos animales habían cazado sin más; y encima, les habían quitado la escopeta y la carne cazada. Tristes, le comentaron al padre de Martita que no dormían, pues sentían miedo por sus hijas y por ellas mismas. Y se vio obligado a prometer que saldría tras ese tigre que tanta desdicha había traído, pues la madre de Martita insistió en que así fuera y Martita también, ya que tenía miedo y odiaba a aquella alimaña que se había comido a su querido Chonchín.

Así, aquella mañana, el padre de Martita partió solo hacia la selva; y anduvo varios días hasta que regresó. Martita se le abrazó y le pidió que le contara:

-No he visto al tigre, pero hallé su rastro y con eso me basta ¿De verdad quieres que se vaya? - le preguntó a Martita.

Ello lo miró alegre por la noticia, y afirmó con la cabeza; pero pronto se sintió triste pues vio en su padre una expresión amarga, comprendió que él no quería dar muerte a aquel tigre malo, pero no entendía por qué.

Aquella noche, en la roca grande, mientras saltaban los delfines y los sonidos de la jungla inundaban la hacienda, el padre de Martita preparó un lazo de alambre de acero y, con finas hebras, lacerada madera y afiladas puntas de hierro, armó dos flechas de mortal efecto. Y repasó el viejo arco que guardaba en el establo, con gruesa grasa, y tensó con fuerza su cuerda. En ese momento, un





Nadie veía al tigre pero todos lo escuchaban por la noche;
todos le temían, excepto el padre de Martita.

El pánico se apoderó de ella y saltó, pegando un brinco y quedándose a cuatro patas en el agua: allí enfrente, a unos metros, un enorme tigre mariposo la miraba.





fuerte rugido resonó más cerca que nunca; el padre de Martita ni se inmutó, pero ella corrió a las faldas de su madre, temerosa de aquella bestia que, a bien seguro, rondaba cerca en la selva.

A la mañana siguiente, cuando despertó, su padre había marchado de nuevo; y su madre le había preparado un gran desayuno. Saciada, salió al establo donde estuvo alimentando a las gallinas y los patos, y pronto el calor la llenó por completo. El día era más caluroso de lo normal, o eso parecía, así que pensó en darse un buen baño en el caño que rondaba la hacienda y les daba rica agua. Y allí se lanzó calmando sus calores y gozando del agua fresca que recorría su cuerpo, notando los pequeños mordisquitos de algunos pececillos hambrientos; y, sentada en el agua clara de aquel caño, apenas con la carita fuera, quedó dormitada... a gusto, tranquila, relajada.

Un leve chapoteo la despertó de sus sueños, entonces sus ojos se hicieron grandes como nunca y un grito sordo salió de su garganta conforme tragó dos borbotones de agua; el pánico se apoderó de ella y saltó, pegando un brinco y quedándose a cuatro patas en el agua: allí enfrente, a unos metros, un enorme tigre mariposo la miraba, con sus patas delanteras y el pecho hundido en el agua, tan sorprendido como ella misma. Los ojos de ambos se cruzaron por un momento y el corazón de Martita se encogió; entonces, el tigre alzó sus bellos mostrando sus poderosos caninos, lanzando un leve y prolongado rugido mientras inclinaba su cabeza hacia un lado; y dio un salto hacia fuera del caño, perdiéndose en el claroscuro de la selva.

Martita se quedó blanca, cayó sentada en el caño y lloró y lloró; pero entonces se dio cuenta que no lloraba por miedo, sino por la belleza excitante de aquel encuentro inesperado, salvaje y, muy posiblemente, peligroso. La mirada de aquel bello y poderoso animal, con sus ojos redondos, color miel, clavados en ella, y

aquella expresión felina tan indómita, la habían emocionado como no recordaba.

Quedó un momento pensativa, sentada mientras el agua fresca recorría su cuerpo y calmaba su inquietud. El graznido de una pava la despertó de su pensar; salió del caño y se vistió; la emoción aún embargaba su cuerpo, su piel permanecía como de pollo y su pelo, erizado; y, de pronto, miró de forma rápida hacia el claroscuro: un ruido la alertó, sólo era un pequeño alcaraván que salió volando al verla, pero bastó para hacerla andar. Dejándose llevar, de forma inconsciente, se internó en la selva en silencio, despacio, con extremo cuidado en no hacer ningún ruido; una suave brisa acariciaba su cabello hacia atrás mientras avanzaba segura, presa de su fascinación y de la curiosidad.

Y así siguió caminando durante largo tiempo, hasta dar con una senda, paralela al caño, donde se hallaban impresas las huellas del aquel hermoso animal que tanto temía y que tanto la había impresionado.

Oyó un pequeño gruñido y, asomándose con mucho cuidado, vio a aquel tigre mariposo, un enorme jaguar, que tumbado en el suelo retozaba entre la hierba alzando sus enormes garras al aire, estirándose como si fuera un gran gato; entonces unos pequeños y agudos chillidos llamaron su atención: dos pequeños tigres, unos cachorritos de apenas unas semanas, aparecieron de pronto, saltando sobre aquel animal y haciendo presa en su rabo y su hocico.

¡No era un tigre, sino una tigresa con sus dos crías! Era maravilloso- pensó Martita.

La tigresa les lamía tiernamente mientras jugaba con ellos, que, incansables, se lanzaban una y otra vez sobre el cuerpo de su madre. Finalmente se estrellaron en los pezones hinchados de

La mirada de aquel bello y poderoso animal la habían emocionado como no recordaba.





la tigresa y quedaron allí enganchados, mamando, alimentándose de leche materna; hasta quedar dormidos bajo el brazo de aquel hermoso animal.

Entonces la brisa de cara comenzó a decaer; el calor sofocante y los mosquitos empezaron a notarse de nuevo; y no tardó aquel felino en alzar su enorme cabeza olfateando al aire e, inquieta, se levantó la tigresa mirando hacia el lugar donde permanecía oculta Martita.

Martita se sintió descubierta y se quedó inmóvil, en silencio, e inocentemente cerró los ojos para no ser vista. Pasaron unos largos segundos hasta que los volvió a abrir: allí ya no estaba aquella hermosa tigresa, ni sus preciosos cachorros. Se habían marchado. Martita se sentó y se sintió feliz por aquella sensación que llenaba su cuerpo, debía marchar y contarle a su padre lo que había visto; pero entonces, de pronto, una tristeza embargó su sonrisa: su padre había salido a matar a esa tigresa y, con ella, también a sus cachorros. Y pensó que había sido ella quien se lo había pedido... se sintió tan mal.

Mientras, el padre de Martita, oculto en un árbol, deslizaba entre sus manos una flecha, tensaba la cuerda de su arco y fijaba su mirada en una senda por la que aparecían dos pequeños cachorros de jaguar; en un recodo estrecho, oculto, un lazo de acero y una estaca esperaban inmisericordes.

Martita comenzó su vuelta a casa, con la cabeza baja y pensativa; se acordó de aquella lágrima del venado abatido y de la sangre del chiguiro... y se preguntó ¿qué ha de cazar el tigre para alimentarse si el hombre extermina sus presas favoritas?

¿Y por qué no se me ha comido? ¡Prefirió irse sin querer saber de mí!- pensó Martita.

Martita se acordó de sus vecinos: uno herido y otro preso, y sin escopeta. No, aquella desdicha no era causa del tigre, sino de la codicia de sus vecinos por conseguir carne de caza y una piel manchada que vender.

Martita pensó:

-¿Y los cerdos? ¿Cómo sabían que había sido el tigre si en verdad nunca nadie lo vio? Los animales domésticos viven libres por las haciendas y son muchas las veces que se pierden algunos, bien por el propio terreno, bien por culpa de perros asilvestrados o incluso por aprovechados que se los llevan sin más.

El odio de Martita hacia el tigre malo había desaparecido; aquella aparición en el caño y su aventura hasta llegar a la camada del jaguar habían cambiado la imagen que tenía de ese poderoso animal, al que ahora veía hermoso y noble... y comprendió a su padre. ¡Ya no quería que lo mataran!

El padre de Martita comenzó el retorno hacia su hogar; en sus manos llevaba un arco y un cable de acero, ninguna saeta. Se sentía muy triste, pues nunca quiso salir tras el tigre, sólo esperaba sentirse bien cuando llegara a casa y su amada esposa le agradeciera su esfuerzo y cuando viera el rostro alegre de su querida hija, que al fin podría dormir tranquila.

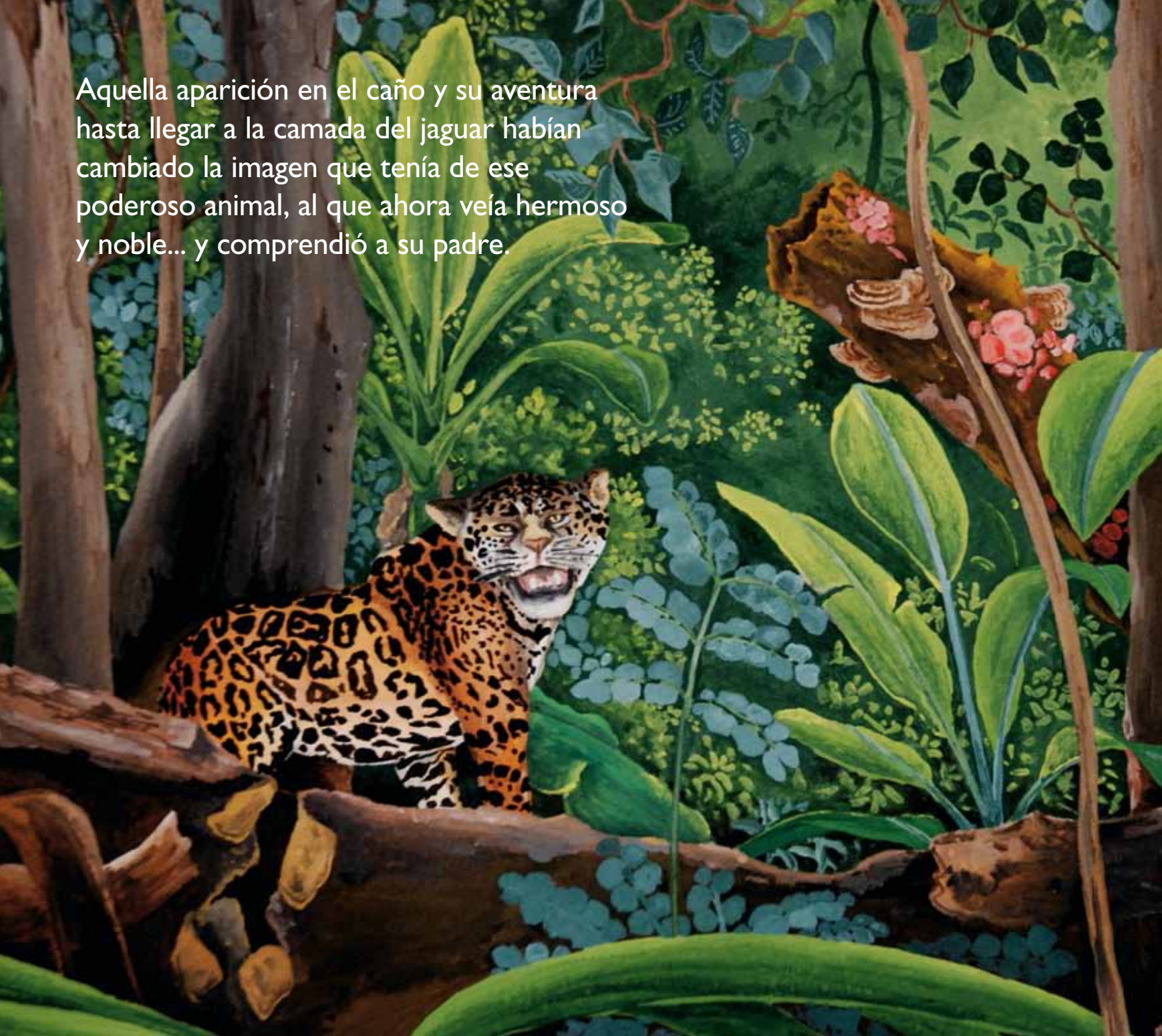
Nada más llegar Martita a su vivienda se lo contó todo a su mamásita, que, sorprendida, la escuchaba atentamente, sorprendida por su relato; y, abrazándola, le recriminó fuertemente que siguiera la senda del tigre. Entonces vio cómo su padre regresaba por el camino viejo y Martita salió corriendo a contarle todo y a pedirle que no matara a la tigresa; ya no quería que la cazara, pues había comprendido que el tigre no tenía culpa ni tan siquiera de ser tigre, que ésta era su tierra y que formaba parte de la naturaleza... ¡y era tan hermosa aquella tigresa!



¡No era un tigre, sino una tigresa con sus dos crías! Era maravilloso- pensó Martita.



Aquella aparición en el caño y su aventura hasta llegar a la camada del jaguar habían cambiado la imagen que tenía de ese poderoso animal, al que ahora veía hermoso y noble... y comprendió a su padre.





Su padre la escuchó con atención mientras ella se atropellaba con cada palabra; acarició su cabeza y miró al cielo pidiendo perdón en aquel día tan triste para él. Y tras escuchar a su querida hija le dijo:

-Tranquila mi amor, pues ya no volveré a salir tras sus huellas...

Aquella noche una sorpresa trajo la alegría de nuevo a la hacienda: ¡Chonchín regresó! Martita lloró de la alegría; pero pronto se percató en que esa noche no se escuchó el ronquido del tigre, ni la siguiente, ni volvió a escucharlo jamás. Apesadumbrada se fue a su lecho a dormir, pero la visión de aquella tigresa le impedían dormir... y lloró.

Nunca le preguntó nada a su padre sobre la suerte de su cacería en aquel día, pues no quería saber; el cual, como siempre, se desvivía por complacerla. Martita quedó fascinada por aquella criatura, estudió y se convirtió en una bióloga afamada, experta en grandes felinos, y ahora trabaja duro en la conservación del jaguar, el tigre mariposo como se le conoce aquí, en la Orinoquia colombiana; pero nunca más vio uno en libertad, ni volvió a oírlo en las noches calurosas de aquella roca del Vichada, y siempre se le erizaba el vello cuando recordaba, frente a ella, la mirada salvaje e indómita de aquella tigresa, emblema de libertad, icono de la Naturaleza.



Aquella noche una sorpresa trajo la alegría de nuevo a la hacienda: ¡Chonchín regresó! Martita lloró de la alegría... pero pronto se percató en que esa noche no se escuchó el ronquido del tigre.



Sara, la tigresa del Orinoco

El jaguar (*Panthera onca*), llamado *tigre mariposo* en su tierra, es un bellísimo animal, de pelaje ocre, amarillo oro en la espalda y blanco en el vientre, adornado con manchas negras irregulares. Aunque también hay jaguares completamente negros y se les llaman ¡panteras! Es el felino más grande de América y puede llegar a medir 240 cm y pesar 130 kg.

Sara es una cachorra de jaguar rescatada por Fundació Omacha y Corporinoquia, se encontraba presa en una celda y ahora espera a ser liberada por medio de un programa con la ayuda de diferentes instituciones: Ministerio de Medio Ambiente de Colombia, Corporinoquia, Policía Ambiental, Fundación Omacha y Fundación Palamarito a través del proyecto Yàhui (www.yahuiyahui.org).

El hombre caza a esta especie por su piel, además de ser perseguida por ganaderos y labradores. Hoy se encuentra en peligro de extinción. Sara, amadrinada por la afamada cantante Virginia Maestro (Labuat), se ha convertido en un emblema de libertad y concienciación social en todo el mundo.

Desde España, EDC Natura-Fundació Omacha trabaja en la Orinoquia colombiana dentro de un programa de desarrollo social sostenible (ONGD) de Asuntos Sociales del Ilmo. Ayuntamiento de Vila-real para la conservación de la especie, sus ecosistemas y el bienestar social de las personas que viven en estas zonas.

Sara, la tigresa del Orinoco
es una producción de RTVV (Medio
Ambiente) en colaboración con
EDC Natura-Fundación Omacha



CUENTOS DE LA SERIE

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

ISBN 978-84-96843-30-1



9 788496 843301

